

31. EL FARISEO Y EL PUBLICANO

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que, teniéndose por justos, despreciaban a los demás: «Dos hombres, uno fariseo y el otro, publicano, subieron al Templo a orar. El fariseo, de pie, oraba así en su interior: "iOh Dios!, te doy gracias, porque no soy como otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "iOh Dios!, ten compasión de mí que soy pecador"

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado» (Lc 18,9-14).

El santo evangelio, con esta parábola del fariseo y del publicano, hace una crítica a la actitud religiosa de los autosuficientes en el pueblo de Dios. Son los excluidos del banquete: *"Los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos"*. Esta crítica de Jesús enlaza con la que hace a los nueve leprosos judíos, que no se abrieron a la acción de Dios por considerarse merecedores de ella. Jesús cuestiona la relación con Dios de los que se tienen por oficialmente religiosos.

Con frecuencia, el rico ofrece a Dios ricos sacrificios, ricos dones: joyas, mantos bordados de oro, suntuosos templos, tal vez, en un intento infantil de sobornar a Dios. Habitados al soborno entre los suyos, cree que puede hacer igual con Dios. El pobre y humilde, sin embargo, da a Dios, lo que tiene, su pobreza, sus lágrimas, su hambre, su enfermedad, sus gritos y lamentos. Dios, sin duda, atiende el llanto del pobre, y, si eso es ser parcial, esa será su parcialidad, esa será su justicia. En este frío mundo laico, hedonista, descreído y desecho de los valores esenciales, la palabra del Sirácida ilumina el alma, trae un rayo de esperanza y, contra el engaño y la mentira, la luz de la verdad: *"El Señor es justo, y no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; los gritos del pobre atraviesan las nubes"* (Eccl 35,12-18). Dios es justo; Dios escucha las súplicas del oprimido. Es la suprema justicia; una justicia que es victoria y salvación para el pobre.

El texto pone, en consideración, un ejemplo clarísimo sobre el modo de orar. La oración de los religiosos oficiales y la de los despreciados sociales, que saben sencillamente descubrir, experimentar y abrirse al Dios de Jesús, el mismo del Magnificat de María (cf. Lc 1, 48-52), y no creen merecer nada allí atrás, en el rincón de su humildad.

Es un hecho actual y de todos los tiempos, por eso el Evangelio tiene un valor universal. Jesús la propuso por los que se creían buenos y seguros de sí mismos, pero despreciaban a los demás. Muchos fariseos, de ayer y de hoy, piensan que Dios los salvará por cumplir simplemente la Ley, que la salvación depende de su conducta, de su propia fidelidad, no de Dios; la ley, para ellos, es fuente de derechos ante Dios, las obras piadosas los hacen buenos y merecedores de la propia salvación; que lo principal es la fidelidad a la ley y el cumplimiento riguroso de todas sus fórmulas fundamenta la confianza en sí mismo, de la que se deriva la seguridad. Se creen "los buenos", los cumplidores, los religiosos, los perfectos. De ahí, el desprecio a todos los que no cumplan la ley.

El que quiera estar y tener a Dios, ha de obrar por el cauce de su misma "parcialidad", de su misma justicia. Y Jesús no sólo proclama bienaventurados a los pobres sino que comparte su suerte: "se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo" (Flp 2,7), sufrió la injusticia y la marginación hasta ser condenado. Hay que llorar con los pobres, sin titubeos, sin componendas, sin retorcidas justificaciones. Luchar por la libertad, la dignidad y los derechos de los pobres; trabajar para que salgan de la esclavitud y obtengan un justo reparto de la riqueza de la tierra, que les pertenece por derecho.

El propio San Lucas ha explicitado la finalidad de la parábola: Un bueno y un malo en la apreciación social. Bueno es el publicano, el social y religiosamente descalificado, el marginado, excluido. Su presencia es una constante en el tercer evangelio; se debe, pues, a una intencionalidad propia y exclusiva de Lucas. Fariseo y publicano aquí representan unos personajes, que encarnan tipos de religiosidad repetidos y repetitivos en las comunidades de fieles. El fariseo está satisfecho de su buena conducta; compara y enjuicia, no es sólo un hombre orgulloso, sino un personaje que reza y se comporta en orden a sus derechos; exige porque cumple. Los mismos salmos, formas tradicionales de oración, de las que se sirve para dirigirse a Dios, parecen sustentar su postura. En su rezo, no hay nada que sea mentira; la mentira es su autosuficiencia.

El fariseo es el sujeto de los derechos, de la necesidad, de la rigidez y de poca mente. El publicano es consciente de su mal comportamiento, por eso, no compara ni enjuicia. Pide perdón a través, también, de los salmos. Es el sujeto de las obligaciones, de la espontaneidad y de la fluidez mental. No es problemático, como tampoco lo era el hijo pródigo; el problemático y difícil es el fariseo, el hijo mayor, el cumplidor. El fariseo representa al judío observante; el recaudador, al judío pecador. Ambos rezan según su conciencia: el fariseo ora desde su justicia; el recaudador, desde su pecado. Lo que cada uno dice de sí mismo es verdad. Tal vez, por eso, lo verdaderamente significativo resida en que el fariseo se compara con los demás; el recaudador ahonda en sí mismo. La justicia de Dios no es la misma del hombre.

También, el cristiano se ve llevado por ese fariseísmo, en su vida particular y comunitaria, lo que es muy grave y de mucha trascendencia espiritual. Se ha

impartido, con frecuencia, una educación farisaica; se han acumulado leyes, reglas y normas, con carácter fundamental que han condicionado las conciencias, y convertido en preocupación principal el cumplimiento de lo mandado y legislado. La observancia a la perfección del precepto, tranquiliza a muchos cristianos y seguros de sí mismos, se sienten con derechos ante Dios; creen que sus obras buenas son cheques celestiales que les facultan ante Dios para reclamar su capital religioso y, en su obcecación y soberbia, juzgan pecadores a quienes no cumplen las reglas con minuciosidad, los desprecian, los compadecen, se creen mejores y hasta dan gracias a Dios por ser diferentes. El fariseísmo no entiende la Redención, no comprende el Evangelio de Jesucristo.

No comprende que Dios salga a buscar la oveja perdida, que se complazca más en un pecador que se arrepiente, en un extranjero, que ama, confía y, aun sin poder ofrecer obras buenas, viene a Jesús con fe, lo reconoce y le agradece, más que un justo con muchos méritos, fiado en sí mismo. Ese justo ha leído y oído la palabra de Jesús, pero no acaba de captarla y hacerla vida. Su dedicación y obsesión no es el amor, es lo mandado.

El cristiano ha de verse en el publicano. Su actitud profunda está en el riesgo de creer, no en la seguridad de cumplir. Cristo pide un alma de pie y atrás, sencilla y humilde, consciente de su escasez, de su pobreza de méritos y sin capacidad de presentar una factura de orgullosas obras a cambio del perdón y de la justificación. El que cree que su salvación depende de su buen hacer, olvida el Evangelio, se aparta y rechaza a Jesucristo.

La parábola expone unas parcelas de la personalidad religiosa mucho más hondas que las de la simple soberbia o humildad. Muestra el subconsciente, el complejo e intrincado territorio de las motivaciones, el fondo de la verdad que se esconde tras la oración personal. La oración es ciertamente necesaria, pero no toda vale y sirve. El ejemplo es Jesucristo, el modo de rezar ya lo enseñó, en la parábola da esta gran lección: un pecador penitente es más agradable a Dios que un orgulloso que se cree justo (Lc 16,15). Dios, que resiste la mentira de los orgullosos y enaltece a los humildes, despidió al fariseo y concede el perdón al publicano. La oración requiere el abandono en Dios (cf. Lc 16,15; 14,15-24; Mt 9,10-13), el ponerse en sus manos.

La parábola prepara la teología paulina de la justificación que Dios concede a quienes no pueden justificarse (Rom 3, 23-25; 4, 4-8; 5, 9-21). Esta justificación se obtiene por medio de la cruz de Cristo (Rom 5, 19; 3, 24-25; Gál 2, 21). El camino, la verdad y la vida es Jesucristo. La única exigencia es el amor a Dios y al prójimo, en "esto reconocerán que sois mis discípulos.

Camilo Valverde Mudarra

